

NOVELA POPULAR  
CINEMATOGRAFICA



Año IV  
Número 184

25 cts.

Protagonistas  
Claire Adams y  
Harrison Ford

LA RUEDA

Con este número se vende el rollo de celuloide y negativos de HALLAM COOLEY

88  
Novela Popular

Cinematográfica

THE WHEEL 1925

# LA RUEDA

Argumento, en forma de novela, de la grandiosa película del mismo título. Superproducción de la casa «Fox», de la que es concesionaria, para España y Portugal, «Hispano Foxfilm»: Valencia, 280

Protagonistas principales

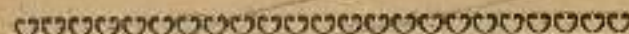
Claire Adam y Harrison Ford



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925





## PRIMERA PARTE

Un sin fin de gentes, de la más varia procedencia, se reunían todas las noches en un aristocrático «templo de la fortuna», administrado clandestinamente con la denominación de «Club Selecto».

Pero como nada puede estar oculto mucho tiempo, un día publicó un periódico la siguiente noticia, bajo el epígrafe de murmuraciones de sociedad:

«Hay en esta ciudad cierto joven, apenas llegado a la mayoría de edad, e hijo de uno de nuestros más acaudalados capitalistas, que está dejando en la mesa de juego toda la fortuna que su abuela materna le legó hace poco tiempo.»

Aquella misma noche, cuando el joven en cuestión llegó a la casa de juego, el dueño de ésta le dijo:

—Señor Norton, deseo hablar con usted en mi escritorio.

Entraron ambos en el escritorio. Charlaron breve-

mente. El joven Ted Norton no llevaba dinero y pidió cierta cantidad a Eduardo Baker, que así se llamaba el dueño del lujoso garito. Y como éste se lo negara, aquél exclamó:

—Después de todo lo que he perdido en esta casa, sería justo que se me prestaran cien dólares...

—Sin duda que sería justo. Pero permítame darle un consejo: Usted debe dejar el juego, eso es todo.

—¿Es que se ha cansado ya de quedarse con mi dinero?

—No es eso... Es que no quiero publicidad... Por otra parte, los jugadores como usted suelen acabar mal...

En aquel momento, como para apoyar la aseveración de Baker, un jugador que acababa de arruinarse, estuvo a punto, ante ellos, de quitarse la vida. Les rozó de cerca la tragedia. Baker dijo:

—Ahí tiene usted una prueba...

Ted se marchó malhumorado, sin saber a punto fijo a dónde dirigirse. No pudiendo ir a ninguna parte, se encaminó a su casa. En cuanto entró en ella, su padre fué a su encuentro y le dijo con voz severa:

—Ted, exijo una explicación respecto a este suelto escandaloso que ha aparecido hoy en un diario.

—Todo lo que dice es verdad.

—¿Y lo dices tan tranquilamente?

—¿Preferirías acaso que dijese una mentira? Por otra parte, no sé por qué tiene la prensa que meterse en mis asuntos... El dinero que juego es mío...

—Sí, en efecto, es tuyo, y nadie discute eso. Pero el nombre que llevas es mío y lo estás deshonran-

do. ¿Comprendes? Y eso es mucho más importante que el dinero. Ya es hora, pues, de que abandones esa vida disipada... Lo mejor que podrías hacer, para ello, sería casarse...

La madre de Ted entró en aquel momento y, oyendo las últimas palabras de su esposo, dijo a su hijo:

—Eso es, hijo mío, debes casarte. Conozco a más de una muchacha que sólo espera tu declaración.

En la entonación con que la buena señora dijo estas palabras, habla un fondo de pena honda y penetrante. Advertiéndolo el joven, se acercó a ella y le dijo, acariciándola:

—Perdóname, mamá, lo mucho que te hago sufrir. Si yo pudiera evitarte toda pena, lo haría con mucho gusto... Pero no sé, no puedo dominar ciertas tendencias mías. Y yo también sufro, créelo, de pensar en que te hago sufrir a ti.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, Ted se fué a ver a una muchacha de la que estaba enamorado y a la que dijo:

—Por la centésima vez, Kate: ¿quieres casarte conmigo?

—No, Ted, porque no quiero perder tu amistad...

—No digas esas cosas. Sabes que te amo... Pero en un, esperaré. Algún día te cansarás de que seamos amigos solamente, y entonces te volveré a proponer que nos casemos... Espero que sea pronto... y haré cuanto pueda para que así sea.

Kate Hara, la joven amada por Ted, era bellísima, irlandesa, noble y trabajadora, que vivía del producto de una tienda de sombreros para señora. Te-



nía un empleado de toda confianza, judío, que se llamaba Samuel Isaac, el cual estaba enamorado de una de las clientes de la casa, llamada Nora, simpática en extremo, con la que solía charlar con mucha frecuencia en la propia tienda.

En aquel mismo momento, mientras Ted y Kate hablaban, llegó Nora, y Samuel, mostrándole un sombrero elegantísimo, le dijo:

—La señora de Vanderbilt nos ha devuelto este sombrero porque le vendimos uno igual a Mary Pickford. Por cierto que Mary estuvo también a punto de devolver el suyo, alegrando que la hacía parecer demasiado joven...

Nora se quedó mirando, incrédula, a Samuel, que ni siquiera pestañeaba.

## SEGUNDA PARTE

Después de un largo rato de sostener aquella mirada, Samuel se confundió. Era lo que Nora esperaba, para comprobar que le menta. Así, dijo divertida:

—¡No volveré a creerte jamás nada de lo que digas!

Samuel, recordando su serenidad, repuso:

—Soy un vendedor, Nora, y a los vendedores no hay que creerles nunca...

Rieron ambos, complacidos.

Ted pasó por entre ellos, hacia la calle, con mucha prisa. Parecía tener que hacer algo muy urgentemente. A poco, ya estaba el joven en su casa. Y como hallara a sus padres juntos, dijo:

Mamá, papá, tenéis razón... Dejo casarme... Y ya he escogido a mi futura esposa... Hela aquí.

Así diciendo, mostró a su madre un retrato de Kate, la cual dijo, mirando detenidamente la fotografía:

—No está mal... No está mal... ¿Quién es?

—¿Te acuerdas de aquel día que te acompañé a comprar un sombrero? Pues es la duña de aquel establecimiento. Aquel mismo día me enamoré de ella...

—¡Te has enamorado de una modista de sombreros!... Tú te has vuelto loco, Ted... no cabe duda...

El padre de Ted, que estaba en el otro extremo de la estancia, no había oído las palabras cruzadas entre el joven y su madre. Se acercó para ver el retrato y, viéndolo, exclamó:

—No está mal... No está mal... ¿¿Quién es?

—Es Kate Hara, la muchacha con quien voy a casarme...

—¿Por qué?

—¡Por amor!

—¿Por amor?... ¡Necesidades! No dejaré que te cases con una cualquiera...

—Kate no es una cualquiera.

Mira, Ted, has despilarrado casi toda tu fortuna... y si ahora cometes esta tontería irreparable de casarte con una joven sin dinero, no volverás a recibir ni un céntimo de mi bolsillo.

—¡Magnífico! El dinero es lo único que, de mí, no le gusta a Kate...

Sin decir nada más, Ted salió y se marchó otra vez a ver a Kate, a la que dijo:

Oye, Kate, deja el taller por hoy y acompáñame a las carreras de caballos.

Aceptó la joven, complacida. Ya es el hipódromo, tuvo la ocurrencia de jugar, por primera vez en su vida. Baker pasó por ante ellos, y Ted le dijo:

—Ese es el señor Baker, dueño de «Irish Girl», la yegua por la que has apostado.

Y como Baker se acercara y le saludara, Ted presentó a Kate:

—Le presto a mi futura esposa, Kate hará. Ahora de apostar cinco dólares por su yegua.

En esto, acabó la carrera.

—¡«Irish Girl» gana!—se oyó decir por todas partes.

—Y usted ha ganado cien dólares—dijo Baker a Kate.—¿Le parece bien que lo celebremos con una cena?

—No puedo aceptar. Mi deseo, ahora, sería comprar algo a la yegua.

—Bueno, pues voy a preguntar a la yegua lo que quiere—repuso Baker, bromeando.

Ted, como si tuviera algo que hablar con él, le acompañó.

Kate quedó, pues, sola. Pero por pocos momentos. En seguida se le acercó el padre de Ted, que se dijera había estado al acedio de aquella ocasión, y la dijo:



—Señorita, soy Teodoro Norton, el padre de Ted...

—Tanto gusto...

Con franqueza y sin rodeos: tengo legítimo interés en impedir, por usted y por mi hijo, que se realice este matrimonio, que sólo acarrearía desdichas para ambos... Me he permitido hacer averigua-



ciones acerca de usted, y me consta que tiene una reputación envidiable, lo mismo en el comercio, que en cuanto a su conducta personal...

—Me parece, señor Norton, que presume usted de demasiado... Ted y yo, ni siquiera somos novios.

—¿Quiere usted decir que le ha rechazado?

Muchas veces.

—Pero ¿ama usted a mi hijo?

—Más que a nada en el mundo... Pero eso no cambia la situación.

Este mundo es cruel, ¿verdad?

—Sí... cuando nosotros mismos lo hacemos cruel...

### TERCERA PARTE

Viendo el señor Morton que volvía Baker, con quien no quería ninguna clase de relación, se apresuró a despedirse de Kate.

Baker volvió solo. Se ve que el mismo había procurado que Ted se distrajera, con el fin de estar a solas con Kate, que le había agradado en gran manera.

Siguiendo la broma, en cuanto estuvo al lado de Kate, le dijo:

—Hablé con la yegua, señorita Hura, y ella es de mi opinión. Le parece que lo mejor que podemos hacer, para celebrar su triunfo, es irnos a cenar.

Señalamente, Kate le contestó:

—Me parece, señor Baker, que se equivoca usted respecto a mí.

—¿Que quiere usted decir?

—Que yo no soy más que una mujer que se gana la vida vendiendo sombreros.

—Pues no me he engañado. Desde el primer momento he adivinado cómo era usted y sabré tratarla, en todo momento, tal como se merece.

Más que por nada, por procurar matar la penosa impresión que le había causado su conversación con el padre de Ted, que tan poca esperanza dejaba a su gran amor, Kate aceptó la invitación.

Sin embargo, algo estuvo a punto de evitar que fuese a cenar con Baker. Fué la llegada de Samuel, que hizo perder su seguridad a éste. Parecía tener que el indio hablara. Pero viendo que no decía nada de él, y enterado de lo que había cerca de Kate, exclamó con tono camaraderil:

—¿De modo que usted, Samuel, que era mi jockey predilecto, se ha vuelto un vendedor de sombreros?

—Así es, ya lo ve. Pero todo tiene explicación. Me he vuelto un hombre honrado, que antes no lo era. También usted era antes un bribón. Pero veo que ahora es usted amigo de la señorita Kate. Eso me demuestra que también usted se ha regenerado.

Baker sintió, como dando su conformidad a estas

palabras. Luego se alejó, acompañando a Kate, hacia un restaurant cercano.

A poco de estar allí, entre otro sin fin de gentes de la más rara catadura, Kate vio entrar a una pareja que se los quedó mirando. Como ella no los conocía, no dió importancia a sus miradas. La tal pareja eran nada menos que Elisa Dixon, esposa de Baker, y un tipo brutal llamado Slade, amigo de Baker y de Elisa. Ella, viendo a su esposo, y acompañado por otra mujer, palideció de rabia. Furiosa, dijo a su acompañante:

Oye, ¿no me habías dicho que Eduardo estaba fuera?

—Así lo creía. Creo que fué el mismo quien me dijo que tenía que emprender un viaje.

—¿Buen viaje había de emprender! ¡Ya lo ves! Y sin pensarlo más, se dirigió a él y le dijo:

—¡Buenas noche, Eduardito!

Palideció Baker, contrariado. Kate se ruborizó, avergonzada de todo. La esposa de Baker añadió:

—La próxima vez bailarás conmigo, si no se ofende tu amiguita...

Como Kate no dijera nada, se dirigió a ella:

Gracias a la mala educación de Eduardo, no sabe usted aun quién soy... ¡Como no ha hecho la debida presentación...! Soy su esposa... ya lo sabe usted.

Sin moverse, pues estaba cohibida y confundida, y no por falta de valor, que le sobraba, como el impetuoso para echar a rodar cualquier obstáculo, sino por reproches que se dirigía a sí misma por haber acep-

tado aquella cena, Kate hizo una reverencia como dándose por enterada.

En aquel momento, por fortuna para ella, entró en el restaurant Ted, enterado por Samuel de que ella estaba allí. Se dirigió a Baker y a los que le acompañaban y dijo:

—Con permiso, bailaré la próxima vez con la señorita Hara.

Y sin esperar a recibir el permiso, se alejó llevando del brazo a su amada, a la que dió, en cuanto se hubieron alejado un poco:

—¿Te das cuenta de lo que haces al venir aquí con un hombre como Baker? Sus aventuras escandalosas son conocidas en todo el mundo y, además, es el dueño de la casa de juego peor afamada de la ciudad.

Antes de que Kate se explicara, se acercó a ellos Baker, que dijo:

—Su actitud para con mi invitada no me satisface.

—Me es igual—repuso Ted.—Sólo quiero decirle una cosa: Es usted indigno de estar al lado de ella.

## CUARTA PARTE

Al volverse a quedar solos, pues Baker, llamado por su mujer, hubo de alejarse, Ted dijo a Kate, con voz apasionada:



—¿Es preciso que te cases conmigo, Kate?

—Hace una hora aseguré a tu padre que si sigue-  
ra éramos novios...

—¿A mi padre? ¿Has hablado con él?

—Sí, he hablado con tu padre y le he dicho lo que  
acabo de decirte.

—No me importa. De eso hace una hora, y en  
una hora pueden pasar muchas cosas. Por lo pronto,  
espero que en esa hora haya sucedido el que tú ha-  
yas cambiado de opinión. Mira, vamos a hacer una  
prueba. Si puedes incarme a los ojos y decirme que  
no me quieres, te juro no volver a pedirte que seas  
mi esposa.

La prueba era definitiva. Naturalmente, Kate, que  
amaba a Ted con toda su alma, no pudo resistirla.  
Como consecuencia, al día siguiente publicaban los  
periódicos en su primera plana la siguiente noticia:

«El heredero de los millones de Morton  
se casa con una modista de sombreros, por  
encima del parecer de sus padres, y marcha,  
con la novia, que se llama Kate Hara, a La  
Florida, a pasar allí la luna de miel.»

¡Me mintió!—gritó para sí el señor Morton, al  
leer aquella noticia.—¡Me mintió! ¡Quién lo habría  
dicho!

Baker, al leer también aquella noticia, dijo con un  
tono de sinceridad insospechado en él:

—Es la mujer que me hubiera redimido... ¿Qué  
lástima haber llegado tarde lo...

Un momento después, reflexionando, añadió:

—Ted me dijo que yo no era digno de estar al  
lado de ella. Sin duda quería decirme con esas pa-  
labras que yo soy un jugador sin conciencia... Per-  
fectamente. Me vengaré de que me haya menospre-  
ciado ante ella. Le demostraré que él también es  
indigno, no de estar junto a ella, sino hasta de tocar  
su vestido.

Slade, que entró y oyó estas reflexiones de su ami-  
go, le dijo:

—Ordena que se haga trizas a ese hombre, y yo  
me encargaré de ello.

—No, Slade... No es menester. Mérito otra cosa  
cosa refinada. «La rueda» se encargará de todo. El  
ha sido jugador. Está, pues, entre «La rueda». Su  
vida no puede salirse, de un salto, de entre «La rue-  
da». «La rueda» le destruirá. Todos los hombres  
que vivimos como él y yo estamos entre una rueda.  
Tarde o temprano, ella nos destruye. Yo precipitaré  
la marcha de la suya, para que caiga más pronto.

Al cabo de un poco tiempo, de regreso ya de la  
luna de miel, Kate probó que sabía administrar una  
casa con la misma habilidad que una tienda de som-  
breros. Ted entró a trabajar en una casa de autos,  
en la que pronto, por su actividad, fué nombrado  
administrador. Un día, se presentó allí Baker, que  
se hizo anunciar a Ted y le dijo:

—Sabe que trabajaba usted aquí, y he venido a  
darle mis excusas por mi conducta de aquella noche...  
Me refero a la noche anterior a su casamiento.

—Ya no me acordaba.

—Yo sí. De paso, le diré que quiero deshacerme

del Club... También que, tratando de comprar un auto, lo adquiriré aquí...

En esto apareció Samuel, que había ido a saludar a su antigua principal y Baker, saludándole con gran efusión simulada, le preguntó:

—¿Qué es de tu vida, ahora?

—Soy jockey otra vez.

—Ve por casa cuando quieras. Podrás trabajar conmigo si te conviene.

Samuel se despidió. Baker escogió uno de los autos de mayor precio y dijo a Ted:

—Que me lo lleven mañana al Club.

Dió tales pruebas de amistad a Ted, que éste no dudó ni un momento de su sinceridad. Hasta le habló a su esposa, cuando estuvo en casa, de la transformación que se había operado en el alma de aquel hombre.

## QUINTA PARTE

Al día siguiente, el propio Ted fué al Club a llevar a Baker el automóvil que éste había comprado. Era lo que Baker había calculado que sucedería, y todo estaba preparado en el Club para que Ted se enre-

dara entre la rueda del juego, que siempre había sido su pasión indomitable. El propio juego repartía la fortuna en un artefacto en forma de rueda, para que el símbolo de la perdición fuese más perfecta.



Baker contaba con que Ted, en cuanto se viese en la sala en que tanto había jugado, caería en la tentación. El le precipitaría a ello, para que se con-



sumase su culpa y así llevar a cabo su venganza, largo tiempo meditada. Sin embargo, al pronto, creyó haberse equivocado. Ted no prestó la menor atención al juego. Un poco despechado Baker, y deseoso de gastar hasta el último cartucho en su propósito, se propuso entretener cuanto le fuese posible a Ted, a ver si al fin el juego revivía en su alma la antigua pasión. Al efecto, le dijo, para entrar en conversación:

—Es usted afortunado en amores y en negocios, amigo Ted. Merece usted por ello toda clase de felicitaciones.

Ted repuso unas palabras de cumplimento y se dispuso a marchar. Baker, que no podía renunciar a su presa, intentó retenerle. Para ello le dijo:

—Si quiere usted esperar un poco, llegará mi amigo Slade, y acaso hará usted otra venta... Tengo entendido que quiere comprar otro automóvil como el mío...

—Tengo que irme, Baker. Lo siento, de veras que lo siento.

—Pero, ¿hombre de Dios!, ¿le conviene esperar. Una venta así no se hacen todos los días...

—Volveré otro momento, más tarde... Ahora, me he de marchar forzosamente.

Dispuesto a no dejar marchar a su deseada víctima, Baker echó mano de su última arma, seguro de su eficacia en un caso, o de su derrota definitiva en otro. Haciendo alusión al artefacto del juego, exclamó:

—¿No le gusta a usted ya oírlo rodar?

Ted no contestó el pronto, impresionado y vencido ya por su antigua pasión. Para vencerle del todo, un amigo de Baker, dispuesto al efecto para aquel momento, se acercó al dueño del Club y le dijo, simulando gran alegría:

—Dos veces consecutivas he acertado con el mismo número. ¡He ganado una fortuna!

Viéndole ya vencido, Baker dijo a Ted:

—Venga a probar fortuna mientras llega Slade. Antes de acercarse a la mesa de juego, Ted pidió a Baker:

—Hágame efectivo el cheque por el precio del auto. Me corresponden quinientos dólares de comisión y con ellos probaré fortuna.

Baker le entregó el cheque. Ted, para tener dinero, hubo de endosarlo. Para endosarlo, hacía falta la firma de la compañía. Metido ya entre la rueda, falsificó aquella firma, con la esperanza de ganar y de recuperar el cheque. Pero todo estaba dispuesto para que no ganara. Saló a poco del Club, sin un céntimo y pálido como un muerto. Baker, entretanto, se regodeaba, creyendo perpetrada su venganza.

Cuando Ted llegó a su casa, refirió a Kate, que le oía con terror, todo lo sucedido. Su resistencia primera, su vencimiento después, por la antigua pasión, la falsificación del cheque, la pérdida absoluta de todo el dinero. Terminó con estas palabras:

—Moralmente, valgo menos que Baker... y no merezco que te casaras conmigo.

Kate, como una madre, le acarició, queriendo llevar un poco de consuelo a su alma atormentada.

## SEXTA PARTE

Después de un largo silencio, Kate dijo a su atribulado esposo:

—Si entregas hoy mismo el importe de la venta del auto, ¿te denunciaré la casa?

—Creo que no.

—Entonces, todavía hay esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—De salvación. Por mi parte, procuraré encontrar algún medio.

Nora, aquella muchacha a la que amaba Samuel, estaba con Kate cuando llegó Ted. Se enteró de todo y, en seguida, se fué a buscar al judío, también para buscar un medio de salvar a Ted y, por lo tanto, a Kate. Al verla ir hacia él, Samuel exclamó:

—Ya vuelve mi buena suerte. ¡Mi Nora se presenta!

Nora le retiró todo lo que sucedía. Samuel, en seguida, se fué a buscar a Kate para decirle lo que se podía hacer. Pero Kate había ido a ver a la amiga

a quien había vendido la tienda de sombreros, a la que dijo:

—Desde que te vendí el establecimiento nada te he pedido, amiga mía... pero ahora me hace falta dinero con urgencia y he pensado en ti.

—Tengo dos mil dólares. Dispón de ellos como si fuesen tuyos...

—¡Pero si necesito diez mil!... y hoy mismo!

En esto llegó Samuel, informado de que allí podía encontrar a Kate, a la cual dijo:

—Señorita... digo señora... Me dicen que usted en su apuro... y lo que yo estoy dispuesto a hacer por usted no tiene límite posible... Hoy mismo hay una carrera de caballos... Yo tomaré parte en ella... Lo que usted ponga en favor de mi caballo, no será apuesta, sino inversión de interés compuesto... No es jugar, señora. Es como comprar billetes de cinco dólares a cincuenta céntimos...

—Esas combinaciones son las que causan nuestra ruina... No puedo, Samuel... Te agradezco tu interés... pero no puedo.

—Hágalo hoy. Pense que se trata de salvar a su marido.

Charlando sobre la conveniencia de apostar o no, Samuel acompañó a Kate a su domicilio. Esta se extrañó de no encontrar allí a su esposo.

Ted había ido a casa de sus padres. Su madre, en cuanto le vió entrar, corrió hacia él y le dijo:

—¿Qué te pasa, Ted, que estás tan pálido?

—Necesito tu ayuda, mamá...

—¿Dinero?



—Sí, con urgencia...

—El dinero sería lo de menos, hijo mío... pero...

—Pero... ¿qué?

Debes regresar aquí, a tu casa, al lado de tus padres.

—¿Solo?...

Antes de que su madre le contestara, entró su padre y le gritó:

—Esa mujer me engañó... Me dijo que no se casaría contigo... y aquel mismo día se casó... Lo más probable es que esa mujer tenga la culpa de todo lo que te sucede.

Kate no es culpable de nada, papá... Al contrario, es la única persona capaz de salvarme... Un momento que he estado lejos de su influencia es cuando he caído en el abismo que me tiene en un aprieto... No la dejaré ni por todo el oro del mundo...

En esto, había llegado la hora de las carreras. Kate fué a jugar. Contaba para ello con los dos mil dólares que le había dado su amiga, la nueva dueña de la tienda de sombreros. Samuel le presentó un amigo suyo, diciéndole:

—Este amigo mío se encargará de la apuesta. Es de confianza hasta donde puede serlo un jugador.

El amigo de Samuel se fué a hacer la apuesta. En esto, llegó Nora, que le dijo a su enamorado:

—Samuel, si triunfas, no sólo salvas a la señorita Kate... sino que me ganas a mí...

—Ganaré.

Baker vió al amigo de Samuel apostar los dos mil dólares por su caballo, que era el que había de mon-

tar el juicio. Sabiendo que aquel dinero no podía ser suyo, encargó a Slade:

—Busca a ese individuo e infórmate por cuenta de quién apuesta.

## SEPTIMA PARTE

A solas con «Firefly», que así se llamaba el caballo que Samuel había de montar, éste empezó a hablarle del mismo modo que si se tratara de una persona. Tan fervientemente deseaba ganar. Le dijo con voz conmovida:

—¡Es preciso ganar, «Firefly»! Olvidate de que eres caballo, y gana las distancias como si fueras un aeroplano. Piensa que hemos de salvar a la señorita Kate, que es la mujer más buena del mundo, y que de que ganes depende el que yo me case con Nora, a la que amo locamente.

El coloquio fué interrumpido por la llegada de Baker, que ya se había enterado de quién eran los dos mil dólares, y que dijo a Samuel:

Es preciso que pierdas la carrera.

¿Dígame que me muera, señor Baker... Eso me será más fácil.

—Nos conocemos, amigo Samuel. Si haces lo que te mando, te regalaré mil dólares...

Se engaña usted si cree que nos conocemos. Nada más lejos de la realidad. Yo le dije a usted un día que me había regenerado, y era verdad. Ya no me presto a las condescendencias de antes. También creí que usted era otro. Pero veo que sigue tan bribón como siempre. Lo hacía falta vivir una temporada cerca de Kate. Ella le salvaría, como me ha salvado a mí, simplemente con su bondad.

Estas palabras impresionaron a Baker, que no había olvidado su creencia de que sólo Kate podía regenerarle. Sin embargo, dijo a Samuel:

—Si no consientes en lo que te pido, otro jockey montará mi caballo.

Viendo que esto podía echar por tierra su propósito, Samuel repuso:

—Hablabas en broma, señor Baker. Claro es, que si usted lo quiere, perderé la carrera.

Pareciendo estar de acuerdo, Baker salió y también Samuel, con el caballo, pero dispuesto, no a perder, como le ordenaban, sino a ganar, como su conciencia le mandaba. Pero la fortuna no le fué propicia. Si bien en los primeros momentos de la carrera fué delante de todos, con gran indignación de Baker, después, acaso por la misma confianza que tenía en ganar, se dejó arrebatar la victoria. De haber tenido facilidades para ello, cuando se dió

cuenta de su fracaso, se habría suicidado. Tan avergonzado estaba de sí mismo.

Baker fué en seguida a verle y le dijo:

—Supiste cumplir con tu deber. Aquí tienes los mil dólares que te ofrecí.



—Guárdese su dinero. Perdí porque no lo pude evitar. No soy ya su antiguo jockey. Ahora soy un hombre honrado. Se lo debo todo lo que soy ahora a Kate, y no quiero tener que avergonzarme nunca ante ella.

Baker, que en el fondo no era mala persona, salió de junto a Samuel fuertemente impresionado. La fi-



guía de Kate iba tomando mayor grandexa ante él. Y empezó a sentir un dolor intenso de haber hecho mal a aquella mujer por vengarse del hombre a quien ella amaba. Para que su impresión fuese mayor aún, vio a poco de separarse de Samuel, a la propia Kate, que no se había movido del lugar en que había presenciado la carrera, y en donde estaba, se veía que hundida por un dolor penetrante. Su fondo de hombre bueno empezó a reaccionar, con ímpetu insospechado. La intervención de Nora hizo el resto. En efecto, aquella joven se acercó a Baker y le dijo:

—Señor Baker, usted debe tener corazón... ¿Por qué no lo usa, siquiera por una vez? Ha perdido usted a la señorita Kate. Otro hombre se la llevó. No siempre se ha de tener suerte. Esto no le da derecho a cebarse en su desgracia del momento. Samuel quería ganar para salvarla. ¿Ha tenido usted la culpa de que no gane?

—Yo creía que sí, se lo digo francamente. Pero si me acaba de decir que no.

Sin embargo, le queda una manera mejor de probarlo, y de probar que no es un malvado...

—Es verdad—dijo Baker, dándose cuenta de cuál era la tragedia de Kate, de la que él era culpable.

Inmediatamente sacó su cartera y entregó cuanto dinero había en ella a Nora, a la que dijo:

Dígale a Samuel que acepte ese dinero sin compromiso ninguno.

Sabía que Samuel lo había de entregar en seguida a Kate.

## OCTAVA PARTE

Nora fué a llevar el dinero a Samuel, que al principio se negó a admitirlo. Luego, enterado de cómo Baker lo había dado, lo aceptó. Y ambos se fueron en busca de Kate, a la que dieron la buena nueva, sin muchas explicaciones por no echarlo todo a rodar.

Contaron el dinero, juntándolo con el que entre los tres tenían. Aún les faltaban diez dólares para completar el importe del cheque.

Marcharon a casa de Kate, esperanzados de que allí hubiera con qué completarlo.

Entretanto, Ted se había presentado en las oficinas de la compañía, en donde dijo:

—¿Podrían hacerme el favor de no presentar al cobro el cheque de Baker... hasta dentro de un par de días?

—Ya está en el Banco.

—¡Oh!

—De todos modos, hable con Baker... Esto es asunto personal suyo...

—¿Asunto personal de Baker?... Ahora comprendo. He sido víctima de un plan malvado...

Viéndose perdido, salió de las oficinas y se encaminó a su casa, sin saber aún lo que haría, pero en el último grado de la desesperación.



Entretanto, Baker, ya completamente redimido, aunque solamente por influencia indirecta de Kate, se personó en la casa de ésta, deseoso de confesarse ante ella. Así, en cuanto estuvo ante la joven admirable, dijo:

—Deseaba hablar con usted, señora, y también con su marido... He cometido una infamia... y deseo enmendar lo hecho... como pueda.

Como Kate le dijera que su marido no estaba allí, Baker agregó:

—La noche que la conocí, en aquel restaurant, juré vengarme de Morton cuando vi que él era el preferido... y hoy cumplo mi juramento... Quise así demostrarle a usted su indignidad, pero después me he dado cuenta de que lo único que he logrado demostrar ha sido, no la indignidad de él, sino la mía... Pero he tratado de enmendar mi infamia. Hice otro cheque para pagar el auto... Dígame que he destruido el endosado por él...

Kate iba a darle las gracias por su buena acción, cuando irrumpió, en la estancia que estaban, esgrimiendo un revólver, con el acoso iba a suicidarse Ted, que, al ver allí a Baker, cambió de opinión, exclamando:

—Usted me hizo su víctima, Baker... pero ya no hará más.

Kate gritó:

No dispares, Ted, Baker es ya otro hombre. Eso no es el Baker que tú has conocido.

Pero era tarde. La bala había salido ya del revólver y se había incrustado en el cuerpo de Baker, que cayó al suelo ensangrentado.

La rueda de la mala fortuna, en la que había querido que pereciera Ted, le cogía también a él en su rodar trágico.

Kate hizo llamar a un médico que vivía en la misma escalera. Preparó un lecho para el herido, y se dispuso a ser ella misma la enfermera. Tuvo que serlo también de su esposo, que cayó enfermo de tan



fuertes impresiones. Le ayudaban con fervor, Samuel y Nora.

Enterados del peligro en que estaba la vida de Ted, fueron a verle sus padres. Kate los recibió sin alta nerla ni humildad. Y el día que Ted entró en la convalescencia, éste dijo a sus padres:

—No luchéis contra ella. Os ganará siempre. Ha hecho de mí un hombre. Ha transformado a Baker, del que también ha hecho un hombre. Todos cuantos se acercan a ella se transforman totalmente. La rueda de la vida nos lleva por malos caminos a casi todos. Dichoso el que tropieza con una mujer como Kate, que sabe oponerse a ese maleficio, y hacer que la rueda no triunfe. Posee un arma contra lo que no hay resistencia suficiente. Es la bondad personificada.

Había en el ambiente una emoción blanda, como las caricias de una madre. Y todo estaba iluminado por el brillar de los bondadosos ojos de Kate, serenos y divinos.

FIN

# Nueva colección de Postales-retratos de ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART. AARD  
AGNES AIRS  
ITALIA ALVIRANTH MANZINI  
MARY ANDERSON  
ROSEBUD ARBUCKLE (Patty)  
RICHARD BARTHELMES  
ENNID BENNET  
ARMAND BERNAT  
FRANCISCA BERTINI  
CONSTANCE BIRNEY  
GEORGE BISSETT  
ALICE BRADY  
ALBERTO CAPOZZI  
NANCY CAPEL  
JUNE CAPRICI  
HARRY CAREY (CAYENA)  
JANET CARMEN  
IRENE CASTLE  
MARGARITA CLARCK  
JANE CULW  
GRACE CUNARD (Lucille)  
ELENA CHADWICK  
LON CHANEY  
CHARLES CHAPLIN (Charlie)  
CHARLES CHAPLIN (Charlie)  
DOROTHY DALTON  
VIOLE DANA  
BESSIE DANIELA (Bess)  
HELENA DAREL  
RACHEL DAVYRIS  
PERCILLA DEAN  
CAROL DEMPSTER  
BERNARD DENNI  
WILLIAM DESMOND  
ZENIA DENNI  
KATHERINE MAC DONALD  
LUCY DORRIS  
WILLIE DOVE  
WILLIAM DUNNAN  
MISS DU PON  
MAXINE ELLIOT  
ELDONOR FAIR  
DOUGLAS FAIRBANKS  
FRANKLIN FARNUM  
WILLIAM FARNUM  
GERALDINA FARRAR  
ELSIE FERGUSON  
MARGARET FISHER  
FRANCIS FORD (Conde Hugo)  
ALEC B. FRANCIS  
PAULINA FREDERICK  
MAUDE GREGG  
EDUARDO (BOOT) GIBSON  
JEQUILINE GODSON

LILLIAN HALL  
WILLIAM H. HART  
WANDA HAWLEY  
BESSIE HAYAKAWA  
WALTER HERS  
HELEN HOLMES  
CAROL HOLLOWAY  
CLARA HORTON  
JACK HOXIE  
CHARLES HUTCHINSON  
GARET HUGHES  
MARIA JACOBINI  
EDITH JOHNSON  
ROMUALD JOURNE  
LEATRICE JOY  
ALICE JOYCE  
DIANA KARENNE  
TILDE KASPAR  
HUSTER KEATON (Pamphylus)  
MADGE KENNEDY  
DORIS KENYON  
NORMAN KERRY  
CLARA KIMBALL YOUNG  
MOLLIE KING  
JAMES KIRKWOOD  
NATALIA KOWANSKI  
LAURA LA PLANTE  
DOUGLAS MAC LEAN  
VICTORIA LEPANTO  
MITCHEL LEWIS  
ELMO K. LINCOLN  
MAX LINDER  
ANNA LITTE  
BERT LITTLE  
MARGARET LIVINGSTONE  
LOUISA LORRAINE  
BESSIE LOVE  
LOUIS LOVELY  
HAROLD LLOYD (BO)  
MACINTY  
CHARLES MACK  
GINETTE MADDIE  
LYA MARA  
MAE MARSH  
MARGARET MARSH  
SHIRLEY MASON  
M. MATHE  
FRANK MAYO  
THOMAS MINGHAM  
MARY MILES MINTRE  
SANDRA WILLOWANOFF  
GASTON MITCHEL  
TOM MIX  
BLANCHE MONTHEL  
TOM MOORE

ANTONIO MORENO  
 JACK MULHALL  
 MAE MURRAY  
 RENE NAVARRE  
 ALLA NAZIMOVA  
 POLA NEGRI  
 ANA Q. NELSON  
 MARCEL NOHMANN  
 MARIA O'BORNE  
 SENA OWEN  
 BABY PAGE  
 JEAN PAGE  
 LEVJO PAVANELLI  
 DORIS PAWN  
 RILEN PERCY  
 HOUSE PETERS  
 MARY PHILBIN  
 JACK PICKFORD  
 MARY PICKFORD  
 EDDIE POLO  
 HENRY PORTER  
 MARIA PREVOST  
 PRINCE (Samoilino)  
 HERBERT RAWLINSON  
 CHARLES RAY  
 WALLACE REID  
 FRITZI RATZGRWAY  
 M. RINSCHI

CAMILO DE RISSO  
 WILL ROGERS  
 RUTH ROLAND  
 MARCELLE ROLLET  
 WILLIAM RUSSELL  
 PATSI RUTH MILLER  
 JOE RYAN  
 CLARISE SELWYNE  
 LARRY SEMON  
 GUSTAVO SERENA  
 PAULINE STARK  
 ANITA STEWAR  
 OLORIA SWANSON  
 CONSTANCE TALMADGE  
 NORMA TALMADGE  
 ALICE TERRY  
 OLIVE THOMAS  
 MADELAINE TRAVERSEE  
 RODOLFO VALENTINO  
 VIRGINIA VALLI  
 VERA VERCANI  
 MARIA WALANP  
 GEORGE WALSH  
 GLADIS WALTON  
 FANNIE WARD  
 PRARIT WHITE  
 BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por  
 Giro Postal a Publicaciones Mundial. Apartado de Co-  
 rreos 925. Barcelona.



## FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal . . . . .	Anual	10' pta.
Blouses Artistiques . . . .	Temporada	5' — "
Blouse Ideal . . . . .	"	2'50 "
Chapeaux Modernes . . . .	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien . . . . .	Mensual	3' — "
Jolie des Modes de Paris . .	Temporada	4' — "
Manteaux et Costumes de Promenade . . . . .	"	3' — "
Mode de Paris . . . . .	"	3' — "
Mode Nationale . . . . .	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions . . . .	10 veces año	6' — "
Patrons Favoris Dames . . .	Temporada	3' — "
" " Ceremonies . . . . .	"	5' — "
" " Blouses . . . . .	"	5' — "
" " Enfants . . . . .	"	3' — "
" " Lingerie . . . . .	"	5' — "
" " Tailleur . . . . .	"	5' — "
" " Gentlemen . . . . .	"	5' — "
Fashions . . . . .	"	5' — "
Patrons Favoris Travestis . .	Anual	5' — "
Paris Chic . . . . .	Mensual	5' — "
Toilettes d'enfants . . . . .	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes . . . . .	"	2'25 "
Ultima Elegancia . . . . .	Mensual	1'25 "
Tres Chic . . . . .	"	4' — "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barburá, 15. Apartado 925—Barcelona